



MODELOS HUMANOS E INCERTIDUMBRES GLOBALES: LA IMPORTANCIA DEL ANÁLISIS CONCEPTUAL¹

J. FRANCISCO ÁLVAREZ (*)

RESUMEN. Es preciso analizar ciertos problemas conceptuales para comprender mejor el fenómeno de la globalización; el análisis conceptual y la mejora de la interpretación puede ser una actividad que ayude a la transformación de determinados procesos; comprender a qué nos referimos al hablar de globalización aporta alguna indicación sobre su operatividad, su eficacia y las razones de su expansión «casi universal». Así, el concepto de modernización reflexiva propuesto por Giddens o Beck constituye un primer paso que proponemos extender con la idea de las clases interactivas de Ian Hacking. El variado discurso sobre la globalización aparece formulado con excesiva frecuencia en términos de un naturalismo ingenuo que proponemos superar desde una adecuada comprensión de la intencionalidad de los participantes. El modelo de individuo como simple soporte de las tendencias sociales resulta emparentado con la tesis de la inutilidad. Un modelo alternativo de individuo elector intencional puede contribuir a una consideración política de la acción en una sociedad mundial de riesgo en la cual aparecen incertidumbres fabricadas. La gestión intencional de las incertidumbres es una de las tareas que se le presentan tanto al investigador social como a los ciudadanos de la sociedad mundial del riesgo.

La inadecuación de algunos conceptos resulta llamativa incluso cuando aparentemente estos muestran su mayor fecundidad. Por ejemplo, en la polémica sobre la globalización, el acuñamiento del término globalización (R. Robertson, 1995) y su rápida difusión en formas superficialmente contradictorias (ya sea el pensar globalmente y actuar localmente; el pensar localmente y actuar globalmente; o para algunos,

tras importantes acontecimientos recientes, pensar globalmente y actuar globalmente (F. Vallespín, 2001) muestra en buena medida la necesidad de proceder a un análisis conceptual.

La aparición de ciertos híbridos conceptuales, como el de la globalización, puede ser un buen indicador de la necesidad de realizar algunas precisiones para poder penetrar en el núcleo racional de las

(1) El presente trabajo se ha beneficiado de mi participación en los proyectos PB-98-0495-C08-01 de la DGICYT sobre «Axiología y dinámica de la tecnociencia» y Comunidad de Madrid 06-0008-2000 sobre «Capacidades potenciales: racionalidad y formación en valores».

(*) Universidad Nacional de Educación a Distancia.

diversas propuestas que se avanzan para analizar lo social, de las que nunca deberíamos olvidar que son, en último término, propuestas de intervención social.

La reflexión sobre lo que se ha caracterizado como globalización adquiere ya unas dimensiones casi universales. De manera parecida a como decían los estoicos a propósito de las oraciones condicionales podríamos afirmar que «Hoy hasta los cuervos graznan hablando de globalidad y globalización», existiendo un cierto elemento común entre aquella discusión de la antigüedad y la presente. Aquellos filósofos trataban de averiguar si tras nuestras expresiones lingüísticas se encontraba algo parecido a lo que llamaríamos conexión causal; una conexión entre el lenguaje y el mundo que pudiera ayudarnos a entender el problema de la causalidad social y el papel que en ello desempeñan los seres humanos que sustentan determinados proyectos.

El análisis de la globalización ha generado todo un mundo de expertos: en economía, en nuevas tecnologías, en problemas de crecimiento y distribución de recursos, en evaluación del riesgo y los problemas medioambientales. Pero es importante recordar que incluso el modo de hablar de los expertos es una intervención sistemática sobre el medio social. Dicho un tanto abruptamente, no hay neutralidad valorativa en las ciencias sociales; haremos bien en no olvidar que, lejos de una ciencia social libre de valores, toda práctica humana está estrechamente vinculada a la valoración y a la acción valorativa. No hay una distinción fuerte entre interpretar y transformar, a pesar de la conocida y repetida expresión de algún clásico de las ciencias sociales que nos recomendaba cambiar nuestra actividad interpretativa por la transformación del mundo. Más bien al contrario, deberíamos tener presente la idea de que la interpretación del mundo es su propia transformación, sobre todo cuando se trata del mundo social.

ANÁLISIS CONCEPTUAL Y MODERNIZACIÓN REFLEXIVA

Puesto que no queremos ni pretendemos entrar, y menos competir, en el mundo de los expertos y los científicos sociales, ¿qué interés social puede tener una reflexión hecha desde la filosofía sobre este asunto de la globalización? En parte su importancia reside en que el análisis conceptual, la mejora de la interpretación, puede ser una actividad que ayude a la transformación de determinados procesos. Comprender a qué nos referimos cuando hablamos de globalización puede ofrecernos alguna indicación sobre su operatividad, su eficacia y las razones de su expansión «casi universal».

Espero que una breve indicación sobre el modo en que algunos filósofos analizan actualmente ciertos problemas conceptuales pueda servirnos para comprender mejor el fenómeno de la globalización. Sin duda es muy probable que en este caso el análisis conceptual puede parecer a algunos no pertinente, e incluso impertinente; sin embargo, desde mi punto de vista, tiene importancia para abordar los problemas que se nos plantean con la globalización y los discursos sobre la globalización.

Recordemos que algunos de los usos de la globalización tienen que ver con una forma muy específica de comprender la relación entre el sistema social y los individuos. En buena medida suelen ser propuestas avanzadas por quienes consideran que el carácter holista (global y estructurado) de los sistemas no solamente impone restricciones a las acciones individuales sino que determina la acción de los individuos. Esta orientación está presente, por lo general, entre quienes adoptan una perspectiva de autonomía de los sistemas y los consideran entidades autorreproductivas. Una perspectiva bien diferente aparece si, por el contrario, se considera que los individuos tienen un papel decisivo en la senda misma que sigue el sistema. Reaparece así una vieja polémica entre holistas e individualistas, la cual,

como otras anteriores, promete añadir más confusión que claridad si se mantiene en el estricto plano de la ontología de lo social, es decir, si ambas partes se empeñan en seguir queriendo establecer cuáles son las «auténticas entidades reales» de la vida social. Alguna vía de superación se percibe como resultado posterior al constructivismo social y podría encontrarse en medio de los estudios sobre los sistemas complejos.

Considero que algunas propuestas, como las avanzadas por Anthony Giddens o Ulrich Beck –entre otros– pueden servirnos para analizar mejor la nueva situación. Por ejemplo, la noción de modernización reflexiva defendida por Anthony Giddens puede resultar significativa y sin duda es un buen punto de partida. En resumen, recomiendo tener muy presente el importante papel que tiene el conocimiento sobre lo social (las ciencias sociales) a la hora de establecer el camino, analizar las consecuencias y los problemas que supone el proceso de modernización. Ahora bien, tal y como ha señalado el mismo Beck, también podríamos atender a las consecuencias no previstas de la modernización, no limitarnos al estricto plano del conocimiento sobre la sociedad sino ver en el actuar «reflexivo» de las sociedades «sobre sí», a partir de un conocimiento que orienta las decisiones y abre nuevos contextos a la acción, cómo los individuos redefinen sus contextos de acción en condiciones de inseguridad construida (U. Beck, 1999, pág. 110). El enfoque de Giddens, incluso extendido en la forma en que lo hace Beck, podría ser mejorado (conceptualmente) y para ello valdría la pena atender a la idea de «clase interactiva» avanzada por Ian Hacking.

CLASIFICACIONES INTERACTIVAS FRENTE A CLASES NATURALES

Una clase interactiva, que en nuestro caso podríamos pensar como la clase de procesos que reunimos bajo el término de glo-

balización, actúa causalmente, por medio de los grupos humanos, sobre los mismos procesos que clasifica. En palabras de Ian Hacking, se trata de clases o clasificaciones que producen efectos sobre los objetos que clasifican.

Clasificaciones éstas que, al ser conocidas por los individuos o por quienes les rodean, se incorporan en instituciones, cambiando la manera en que los individuos mismos se experimentan. Incluso pueden transformar sus sentimientos y conductas, en parte por ser clasificadas de esa manera (I. Hacking, 1999, pág. 104).

La propuesta inicial de Hacking se dirigía a comprender cuestiones relacionadas con las diversas clasificaciones de los individuos en la sociedad; en particular, la aplicó al estudio de las clasificaciones conectadas con la enfermedad mental. Pero es una propuesta que sitúa de manera bastante adecuada la polémica sobre el constructivismo social (si lo social es un «dato» o se genera socialmente), ya que nos permite encontrar el grado de eficacia y racionalidad que reside en esa propuesta genéricamente asociada al relativismo radical, la cual niega toda objetividad a lo social: todo vale porque todo es construido. De hecho, ya estamos bastante alejados de esa primera ingenuidad constructivista, aunque algunos autores quieran seguir ofreciéndola como una novedad. La cuestión resultaría trivial y merecería poca atención específica si no fuera porque siguen apareciendo «postmodernos» de última hora que persisten en ese enfoque. Se trata de no olvidar que las clasificaciones construidas se hacen a partir de condiciones materiales de posibilidad y que también «son reales» aunque sea en un sentido muy particular. El mismo Hacking recuerda una precisión planteada por John Searle entre la objetividad epistemológica y la subjetividad ontológica. Para lo que aquí nos interesa, consideramos que la globalización es un fenómeno objetivo epistemológicamente, pues impone restricciones reales sobre las elecciones de

los individuos; pero ontológicamente subjetivo al exigir la práctica humana para existir. Su realidad es externa a la subjetividad humana individual, pero no a la subjetividad de todos los humanos considerados en conjunto; no es externa a la subjetividad humana colectiva. Se trata de una idea, luego carece de objetividad ontológica y sólo puede actuar mediante y desde el ámbito epistemológico que es el campo de la subjetividad humana, individual o colectiva. Cuando se convierte en una práctica social que altera el curso de la acción individual, la clase se mueve de la subjetividad epistemológica a la objetividad epistemológica. Indirectamente, esa lectura nos orienta a considerar el estudio de la globalización desde el espacio de la política y nos conduce a plantear medidas situadas en tal espacio. No es simplemente un problema de inevitabilidad de las fuerzas económicas, es un proceso que puede y debe tener sus contrapesos institucionales y políticos.

Un primer resultado de este tipo de enfoque, en el caso de que sea correcto, nos muestra que en buena parte de la literatura sobre la globalización esta noción aparece como una especie de clase natural que se corresponde (pretendidamente) con una tendencia casi universal de los sistemas sociales. Por ejemplo, hay quienes insisten en que no estamos ante un fenómeno nuevo, sino ante un tipo de proceso que ha tenido lugar varias veces en la historia de la humanidad; incluso se habla de cinco o seis olas de globalización. Es posible que una adecuada descripción histórica ayude a detectar lo que ahora aparece como peculiar, pero en todo caso no debería olvidarse que la importancia actualmente adquirida por el fenómeno de la globalización deviene, precisamente, de la conversión del concepto en una clase interactiva. Aunque podamos revisar la historia pasada con nociones «naturalistas» de globalización, la misma conceptualización está provocando ahora formas de actuar. Es decir, la rele-

vancia específica del fenómeno actual de la globalización radica en tener un enorme componente cultural el cual está siendo teorizado –por lo tanto interpretado– y en consecuencia actúa sobre el presente. El mismo hecho de su teorización permite –y exige– causalmente una acción globalizada, una acción en el espacio público, medidas político-institucionales que se orienten hacia la constitución de un ámbito internacional de la política. Por ello, la insistencia de estos últimos años en que los movimientos antiglobalizadores son la expresión misma de la globalización, tiene aquí una herramienta conceptual para comprenderlo más allá de oscuras dialécticas sujeto/objeto. Es más, comprendemos que son precisamente la disponibilidad de las tecnologías de la comunicación y la información a nivel global las que provocan una nueva conceptualización causal y dotan de objetividad epistemológica al proceso actual de globalización.

DIVERSAS NOCIONES DE GLOBALIZACIÓN

Una primera manera de entender la globalización es considerarla como una propiedad emergente del propio sistema social, propiedad que al generalizarse produce nuevos tipos de acciones posibles y marca cambios de importancia. En otros casos hace referencia a una extensión espacial sobre un espacio previamente definido, una cierta difusión para la que es importante encontrar los lazos con el pasado para analizar lo nuevo. En ambos casos puede considerarse como simple extensión física o tecnológica («simplemente» un problema de nuevas tecnologías) o entenderse como un problema de acción humana. La idea de que la globalización restringe totalmente la capacidad de elección de los individuos y de muchas instituciones sociales (tradicionales) es uno de los resultados de esa visión determinista de los sistemas que impiden percibir algo de enorme importancia: en ese proceso (vin-

culado a las formas de la posmodernidad reflexiva) es donde aparece con mayor fuerza el hecho mismo de la elección y se convierte en una fuente de la autonomía de los individuos (y por ello generadora de incertidumbres construidas).

No vamos a referirnos a análisis estadísticos, encuestas y estudios globales, aunque sea importante tenerlos en cuenta. Como hemos dicho, nos restringimos a una actividad de revisión y precisión conceptual que quizás pueda sugerir algún marco para pensar sobre los nuevos fenómenos. Desde luego, esta especie de comedimiento filosófico no se plantea como una suerte de asepsia filosófica, la cual considera que solamente se puede reflexionar sobre lo que ya han hecho las ciencias, aceptando sin más sus resultados e intentando mostrar su estructura teórica; por el contrario, consideramos que en esa aparente tarea subsidiaria la filosofía puede ayudarnos a «interpretar» o, lo que es casi lo mismo, a transformar el mundo social.

Uno de los movimientos típicos en el estudio de lo social ha sido considerar que el sistema social general que debemos analizar exige *interdisciplinarietà*, una especie de mezcla de diversas ciencias sociales y humanas que traten de cubrir el complejo sistema que se trata de analizar; sin embargo creo que otro término recoge mejor lo que me parece indispensable: la *transdisciplinarietà*. Estoy convencido de que alguno de los componentes transdisciplinarios procederá del estudio de los sistemas complejos, quebrando las fronteras de las disciplinas que encierran el conocimiento en una forma descarnada y fiscalista (como ocurre con buena parte de la investigación en ciencias humanas y sociales), recuperando además otras tradiciones como las que aparecen en los análisis planteados por Zigmunt Bauman (Z. Bauman, 1999) o por el ya citado U. Beck.

Además del problema de la reflexividad de los sistemas, no deberíamos obviar el tema (para mí decisivo) de los modelos

humanos que consideramos componentes, partes o determinaciones de esos sistemas. Desde luego que, en el trasfondo, sigue latente el tema del relativismo o del universalismo de las propuestas (Z. Bauman, 2001).

RIESGO E INCERTIDUMBRE

Desgraciadamente, cuando estaba redactando la versión definitiva de este trabajo se ha producido el espantoso y terrible ataque contra varios puntos neurálgicos y simbólicamente representativos de la sociedad estadounidense. En estos momentos no deberíamos olvidar el rostro directo de los ciudadanos que han desaparecido y muerto aplastados por el tremendo desastre, lo mismo que el rostro quizás menos visto pero no menos «real» de otros muchos seres humanos que han sufrido y sufren. Todo puede parecernos incluso más global que antes, todo se globaliza, incluso el terror. Sin embargo, en mi opinión, y aunque sea por desgracia, aparece con toda potencia la importancia de los análisis centrados en aspectos cualitativos, conceptuales, morales y religiosos, relativos a los modelos de seres humanos y su forma de actuar, que tienen que ver con los «individuos» soportes de las intenciones y las acciones. El terrible acontecimiento pone de manifiesto, de la forma más descarnada posible, la diferencia entre riesgo e incertidumbre de la modernización reflexiva. Incluso me atrevo a decir que difícilmente se comprenderá la situación político-social emergida de ese terrible acto sin una clara identificación de las clasificaciones interactivas que se están poniendo en juego. Por ejemplo, clasificar como «enemigos», como «fundamentalistas», provoca todo unos ciclos de retroalimentación que terminan por establecer incluso los modos de conducta de tales enemigos. Lo mismo que haber venido clasificando a otros de «globalizadores» ha contribuido incluso a armar las conciencias de quienes les han atacado.

Se habla de riesgo cuando a una situación futura se le puede asignar algún grado de probabilidad, y de incertidumbre cuando esa situación futura ni siquiera se puede concebir y por tanto no podemos asignarle algún tipo de probabilidad. Estamos produciendo un tipo de sociedad en la que cada día más tendremos que hablar de la incertidumbre generada por la propia acción humana, «incertidumbre fabricada» (A. Giddens, 1990) más que de aquellos riesgos que se podrían prever a partir de determinadas leyes de la ciencia y de los sistemas naturales (U. Beck, 1999).

El estudio de los sistemas artificiales se convierte en algo de primera importancia, sin olvidar que precisamente la ciencia social es una de las ciencias de lo artificial. La reflexión sobre nuestras capacidades críticas y de pensamiento, de lo imprevisible, ocupa así un lugar preeminente en las tareas que hoy deberíamos plantearnos.

La globalización es también esto. La generalización de la imprevisibilidad de los humanos. La interconectividad general es una fuente, sin duda, de nuevas capacidades para los humanos, pero nuevas capacidades para realizar nuevas acciones (el bien y el mal). Por ello, insistir en la relación entre seres humanos vuelve a ser un tema prioritario: por mucho intermediario tecnológico, la relación básica es entre seres humanos.

Las situaciones que consideramos de injusticia tienen que ser abordadas no solamente porque no funcione el sistema económico. Más allá de Keynes, la idea es que no solamente deja de funcionar adecuadamente el mercado y el sistema económico cuando no se atiende a la pobreza, a la miseria extrema o a situaciones de carencias de libertades, sino que además eso genera un tipo de ser humano que puede estar dispuesto a las mayores atrocidades. Incluso a veces montando toda una teoría sobre la acción justa. Además de patologías, que sin duda puede haberlas, no deberíamos olvidar que esos individuos pueden ser

«seres normales», entendiéndolo por ello personas razonables capaces de optar y de realizar determinadas acciones. Esta es la fuente misma de la imprevisibilidad.

Aunque sea sin excesivas precisiones conceptuales, podemos encontrar algunas herramientas teóricas para abordar la nueva situación en la obra de Ulrich Beck sobre la sociedad mundial del riesgo. También en este caso será conveniente ir un poco más allá, si bien me parece un camino importante para la reflexión:

Estos presentan nuevos retos para las ciencias sociales, ya que su análisis requiere nuevas categorías, teorías y métodos.

(U. Beck, 1999, pág. 87)

La teoría de la sociedad del riesgo nos viene a decir que lo que no puede ser previsto es lo que produce, a su vez, situaciones previamente desconocidas. Como dice Beck, si esto pasa a formar parte de la conciencia general, la sociedad comenzará a moverse. Si es algo bueno o simplemente acelera el declive general es algo que queda abierto.

La teoría de la modernización reflexiva contradice los supuestos fundamentales del fatalismo negativo debido a que éste, desde sus propios supuestos no puede conocer el resultado, el fin y, por ello, nos plantea la desesperanza de cualquier medida. Encontrar mecanismos que permitan afianzar la política para superar el desligamiento de la política y el poder, núcleo principal de los aspectos negativos de la globalización, es uno de los objetivos básicos de la propuesta de Beck. En nuestras sociedades de riesgo ya no se trata de que desde la política se tomen medidas de protección ante los peligros, que pueden estar más o menos localizados, son accidentales y exteriores a nuestros actos, llegan desde fuera y no tienen relación con lo que nos hemos propuesto. El riesgo es completamente diferente: es un aspecto endémico, permanente, de nuestras acciones; los riesgos

quizás podrán reducirse, pero no eliminarse. No se trata solamente de vivir en una sociedad del riesgo, sino que la misma condición humana es una vida del riesgo:

Vida en la que ningún acto es con certeza un paso en la dirección correcta, y, por lo tanto, la incertidumbre con respecto a la corrección o la eficacia de nuestros actos nunca podrá disiparse, ni siquiera retrospectivamente.

El fatalismo negativo es el hermano gemelo de la creencia en el progreso:

Zigmunt Bauman —el teórico social de la ambivalencia— piensa la modernidad en términos excesivamente lineales. Pierde de vista la posibilidad banal de que algo imprevisible emerja de lo imprevisible (y cuanto más incalculable, más sorprendente resulta). Sin embargo es con esta aventura de la incalculable decisión determinada donde comienza la historia de la sociedad de nuevo a fines del siglo XX.

(U. Beck, 1999, pág. 88)

Veamos un caso estudiado por Beck, que se conecta con lo que tanto él como A. Giddens llaman *incertidumbres fabricadas* (ni los expertos ni los legos saben qué consecuencias van a producirse):

La victoria de la ciencia impone una vez más sobre nosotros la carga de tener que tomar decisiones cruciales que pueden afectar incluso a nuestra supervivencia sin ningún fundamento adecuado en el conocimiento.

(U. Beck, pág. 105)

Se trata de una situación de incertidumbre y no de riesgo. Una indicación práctica de esto, dice Beck, es comprobar que las empresas de alimentos genéticamente modificados no consiguen seguros privados adecuados. Esas industrias y sus expertos dicen que no hay riesgo, pero el negocio privado de los seguros plantea la existencia de demasiados riesgos y, por tanto, no les asegura —desde luego es tentador y elemental reflexionar sobre la si-

tuación que se está produciendo estos días entre las compañías de transporte aéreo y las aseguradoras privadas—.

Sin embargo, la omnipresente incertidumbre es superada por fuerzas poderosas. Los negocios globalizados, los propagandistas de la genética, los especuladores de la Bolsa y los gobiernos (bajo la amenaza del desempleo) han tratado de impulsar esas biotecnologías radicales e inciertas. Han decidido ignorar lo que todo buen científico reconoce, que la ciencia de la genética está en su infancia. Difícilmente conocemos el alfabeto genético de manera completa, y no tenemos idea de cómo se habla ese lenguaje.

En definitiva, y a pesar de que muchos siguen pensando que la globalización es algo así como la expresión última del fin de la historia, lo que aparece es más bien que:

La historia de la naturaleza toca a su fin, pero la historia de la historia no ha hecho mas que empezar.

(U. Beck, 1999, pág. 108)

Me parece que en ese texto de Beck, aparece muy bien sintetizado (polémicamente) buena parte de lo que quisiera decir. Primero, plantea el hecho de que estamos en una sociedad del riesgo, es más, en una sociedad mundial de riesgo; que es un fenómeno nuevo porque es el resultado de decisiones y que en muchas ocasiones se trata de riesgo fabricado e incluso de incertidumbres fabricadas; pero esto mismo, en el pensamiento de una modernidad reflexiva, lleva a una transformación de aquellos problemas (aparentemente técnicos) en problemas políticos. Al transformarse en políticos obtienen una vía, posible, pero nada segura, de encontrar una salida. Es el mismo carácter de la tecnociencia lo que nos permite hacer una propuesta que supera tanto los optimismos tecnológicos liberales, como el fatalismo negativo normalmente de raíz comunitarista. Digamos que la opción *republicana* —por ponerle un nombre— en la ciencia (S. Fuller, 2000) y la participación

social es la profundización de la modernidad reflexiva que nos hace señalar algunos caminos de acción.

Como sostiene Albert Hirschman, la tesis de la inutilidad del fatalismo negativo, la cual sugiere que nada se puede hacer, es uno de los instrumentos más perversos del pensamiento conservador (aunque con frecuencia aparezca planteada por quienes no se adscriben al conservadurismo). Así que prefiero seleccionar, de entre el conjunto de líneas que podríamos ver en el presente mapa de la filosofía, aquellos síntomas que indican que podemos estar avanzando hacia una mirada filosófica capaz de elevarse sobre los muros, verjas e incluso alambres de espino que delimitan diversos campos especializados. De esta forma, en términos cercanos a la modernización reflexiva, quizás podamos contribuir a superar la tesis de la inutilidad.

La globalización aparece como un proceso que no es de dentro hacia fuera, ni un proceso externo que produce cambios hacia el interior, sino que rompe la frontera interior/exterior (J. Bartelson, 2000), encontrándonos con un problema conceptual en el tema de la globalización; problema conceptual que se vincula con la forma misma de conceptualización de las ciencias sociales y de la práctica política. Como ya hemos sugerido, nos encontramos ante una clase no natural sino interactiva, en términos de Hacking.

Como ha planteado recientemente Bartelson:

No sólo es la globalización una meta cambiante para la investigación social, sino que además significa el movimiento de esa búsqueda en sí misma... La globalización no representa un mero propósito para el futuro sino una profecía en la búsqueda de la realización personal.

(J. Bartelson, 2000, pp. 192-193)

Muchos autores coinciden en que estamos hablando de un fenómeno complejo. G. Therborn (2000) insiste en que se dan al menos cinco discursos tópicos: El de la com-

petitividad económica (con sus efectos positivos y negativos), centrado en la competencia mundial con sus problemas para las empresas, trabajadores y estados. Un segundo carácter, el de la crítica social, preocupación crítica por las consecuencias percibidas de esa globalización, la cual no aparece tanto desde la izquierda tradicional o desde el Tercer Mundo sino desde el mismo centro. El tercer componente se refiere a la (in)capacidad de los Estados para afrontar los problemas de ese futuro. El cuarto es el tema de la globalización cultural, el efecto sobre las formas simbólicas, las imágenes sociales, las prácticas culturales, los estilos de vida y la desterritorialización de la cultura (uniformidad o nuevas formas de diversidad). Un quinto aspecto sería la consideración de una ecología planetaria que estudia y discute la humanidad y la sociedad global como parte de un ecosistema planetario.

Pero, además de esos diversos modos de atender a la globalización, convendría precisar que se provocan cambios importantes, en el plano cognitivo y conceptual, en la percepción social y en la administración y gobierno de ese proceso. En definitiva, lo que aparece tras la reflexión filosófica es la importancia de la política y de atender a los espacios de conformación de lo político en el seno de ese fenómeno general de la globalización. Si, en el sentido avanzado por Castell, una de las características de la sociedad de la información es el flujo libre del capital mientras que la política sigue siendo local, uno de los problemas que nos plantea con urgencia el fenómeno de la globalización es el desarrollo de instituciones políticas que puedan actuar en ese plano general.

Los expertos que analizaban (hace cincuenta años) el rumbo de los asuntos mundiales hablaban de *leyes universales* y de su *cumplimiento universal*, de algo que debíamos hacer y finalmente haríamos; hoy hablan de *globalización*, de algo que *nos ocurre* por razones que podemos barruntar, e incluso conocer, pero difícilmente controlar

(Z. Bauman, 2001, pág. 28)

En conclusión, he querido plantear que una conceptualización superadora del «naturalismo ingenuo» puede ayudarnos a encontrar espacios para la acción política en ese supuesto mundo objetivo de la globalización; espacios que muestren en la práctica cómo superar la tesis perversa de la inutilidad de la acción autónoma.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTELSON, J.: «Three Concepts of Globalization», en *International Sociology*, 15 (2000), pp. 180-196.
- BAUMAN, Z.: *La globalización. Consecuencias humanas*. F.C.E., Buenos Aires, 1999.
- *En busca de la política*. F.C.E., Buenos Aires, 2001.
- BECK, U.: *World Risk Society*. Polity Press, Cambridge, 1999.
- FULLER, S.: *The Governance of Science: Ideology and the future of the open society*. Open University Press, Buckingham, UK, 2000.
- GIDDENS, A.: *The Consequences of Modernity*. Polity Press, Cambridge, 1990.
- HACKING, I.: *The Social Construction of what?* Harvard University Press, Cambridge, Mass, 1999.
- ROBERTSON, R.: «Globalization: Time-Space and Homogeneity and Heterogeneity», en M. FEATHERSTONE (comp.): 1995.
- THERBORN, G.: «Globalizations. Dimensions, Historical Waves, Regional Effects, Normative Governance», en *International Sociology*, 15 (2000), pp. 151-179.
- VALLESPÍN, F.: «Once de septiembre», en *El País* (15-09-2001), pág. 27.